

(AÑO 1204 DE JESUCRISTO.)

## INSTITUCION DE LOS FRAILES MENORES.

Las dos órdenes célebres que se instituyeron despues de la cuarta cruzada, ofrecen á los ojos de la religion un objeto mas interesante que la conquista mas segura de un imperio. Francisco, nacido en Asis, pequeña ciudad de Italia, fundó la primera de estas dos órdenes, y dió á sus discípulos el nombre de frailes menores. Su padre, que era mercader, lo destinaba á la misma profesion, y no tuvo mucho cuidado de su educacion. Aunque el jóven Francisco tomó mas gusto á los vanos entretenimientos del mundo, que á los ejercicios de piedad, tenia una tierna compasion de los pobres, y los socorria en lo que podia. Negó, sin embargo, dar una vez limosna, contra su costumbre; pero tuvo por esto un arrepentimiento tan vivo, que resolvió desde entonces dar á todos aquellos que le pidiesen en nombre de Dios. Una grave enfermedad que padeció, le hizo tomar el partido de renunciar al mundo, y consagrarse únicamente á Dios. Algun tiempo despues, habiendo encontrado á un pobre, cubierto de andrajos, se despojó de un vestido nuevo que llevaba, y con él lo cubrió. En otra ocasion, yendo de viage, encontró en el camino un leproso, tan desfigurado, que le causó horror á primera vista; pero reflexionando despues que para servir á Jesucristo es necesario vencerse á sí mismo, bajó del caballo y be-

só al leproso, dándole una limosna. Cuando de este modo se comienza, en poco tiempo se hacen grandes progresos en la virtud. De este modo Francisco pareció á poco un hombre nuevo: buscaba la soledad, y meditaba con ternura la pasion del Salvador. La vida retirada de Francisco no agradaba á su padre, quien frecuentemente lo maltrataba, y que al fin llegó á desheredarlo. Francisco nunca se creyó mas rico que en el momento en que comenzó á no poseer nada: sufrió todo con paciencia. "Abandonado de mi padre, sobre la tierra, decia, yo me dirigiré con mas confianza á mi Padre que está en los cielos." Se retiró despues á una pequeña Iglesia, llamada Porcúncula, ó Ntra. Sra. de los Angeles, y se dedicó á servir á los leprosos, ejercitándose en las obras mas penosas de misericordia y de humildad. Habiendo oído leer en misa estas palabras, que Ntro. Señor dijo á sus Apóstoles, *no lleveis oro, ni plata, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston*, he aquí, exclamó lleno de gozo, he aquí lo que yo busco, lo que deseo de todo mi corazon. Inmediatamente se quitó el calzado y dejó el baston: se deshizo del dinero, y no conservó mas que una simple túnica, que ceñia con una cuerda, practicando á la letra lo que acababa de oír. Desde entonces comenzó á predicar la penitencia con discursos sencillos, pero sólidos, y que hacian la mas viva impresion en los oyentes: tuvo muy pronto discípulos que imitaron su penitencia y su celo: anunciaban la palabra de Dios, exhortando á todos los que encontraban, al temor de Dios, y al amor y observancia de sus mandamientos. Algunos los escuchaban con atencion; pero los mas se manifestaban sorprendi-

dos de su hábito extraordinario, y de la austeridad singular de su vida. Les preguntaban de qué país y de qué profesion eran: las mas veces les negaban el hospedage, como á malhechores, y entonces se veían necesitados á pasar las noches enteras bajo los pórticos de las Iglesias. Algunas veces los llenaban de injurias los muchachos y el populacho: les arrojaban piedras y lodo; pero ellos sufrían muy gustosos estos oprobios, en el ejercicio de su evangélico ministerio. En fin, por su desinterés y por su sufrimiento, llegaron al cabo á disipar todas las prevenciónés, y se conciliaron en todas partes la pública veneracion.

~~~~~

SAN FRANCISCO OBTIENE LA APROBACION DE SU ORDEN.  
SUS TRABAJOS APOSTÓLICOS.



**V**IENDO San Francisco que el número de sus discípulos se aumentaba, les formó una regla, que no era otra cosa que la práctica de los consejos del Evangelio: añadió solamente algunas observaciones particulares para arreglar con uniformidad su tenor de vida. Fué á Roma á presentar esta regla á Inocencio III, quien la aprobó. Entonces el siervo de Dios condujo su pequeña sociedad á la Iglesia de la Porciuncula, que le cedió un abad de los Benedictinos, de quien dependia, y formó allí su primer establecimiento. Esta fué como la cuna de su órden. Se dedicó despues á formar á sus discípulos, y hacerlos propios para las funciones apostó-

licas: les dió instrucciones para que ellos mismos adelantasen en la perfeccion, y para que ganasen almas á Jesucristo: les recomendó principalmente que siempre se mantuviesen firmemente unidos á la fé de la Iglesia romana. Despues de haberles hablado mucho del reino de Dios, del menosprecio del mundo, de la mortificacion del cuerpo y de la abnegacion de su propia voluntad, “no temais añadia, el que á la vista del mundo parezcamos dignos de menosprecio: poned vuestra confianza en Dios, que ha vencido al mundo: encontrareis hombres duros que os maltratarán: aprended á sufrir con paciencia las injurias y los ultrajes.” Los envió luego á diferentes países, y se reservó para sí mismo la mision de la Siria y del Egipto, con la esperanza de encontrar el martirio. Se embarcó con un solo compañero, y llegó á Damietta, en donde se hallaba entonces el sultán Meledin. Éste le preguntó quién le habia enviado á él: Dios, respondió Francisco con valor, me ha mandado manifestarte el camino del cielo, á tí y á tu pueblo. Esta intrepidez admiró al sultán, quien lo invitó á que permaneciese con él. Yo lo haré con gusto, dijo Francisco, si quieres convertirte, así tú como tu pueblo. Para que no dudes mas que se debe abandonar la ley de Mahoma, y abrazar la de Jesucristo, haz encender una hoguera: yo entraré en ella con tus sacerdotes, para que así veas cual es la verdadera religion. Yo dudo mucho, respondió Meledin, sonriéndose, que algunos de nuestros ministros quieran sujetarse á esta prueba; y ademas, seria de temer que esto escitase alguna sedicion. No obstante, el sultán, prendado de los discursos de Francisco, le ofreció ricos

presentes, que el santo hombre no quiso aceptar; y esta generosa repulsa le hizo aún mas venerable á los ojos de Meledin, quien le despidió, diciéndole: "Rogad por mí, padre mio, para que Dios me haga conocer la religion que le es mas agradable, y me dé el necesario valor para abrazarla." Francisco, á su vuelta de Egipto, convocó un capítulo general en Asis: su orden se habia multiplicado de tal manera, que se contaban ya mas de cinco mil religiosos. Como algunos de ellos le suplicasen que obtuviese del papa un privilegio, en virtud del cual pudiesen predicar por todas partes, aun sin el permiso de los obispos, "¡qué, hermanos míos! vosotros no conocéis la voluntad de Dios: el Señor quiere que nosotros grangemos primero á los superiores con la humildad del respeto; despues ganaremos á sus súbditos por nuestros discursos y por nuestros buenos ejemplos. Cuando los obispos vieren que vosotros vivís santamente, y que no queréis usurpar su autoridad, ellos mismos os suplicarán que trabajéis por la salud de las almas, de que están encargados: nuestro singular privilegio debe ser el no tener ninguno." Cuando San Francisco conoció que se aprocsimaba su muerte, redobló los rigores de su penitencia. El mismo dia en que murió, hizo que le leyesen la pasion del Salvador; y habiéndose puesto á rezar el salmo 141, espiró al decir estas palabras: *me expectant justi, donec retribuas mihi.*

(AÑO 1216 DE JESUCRISTO.)

### INSTITUCION DE LOS FRAILES PREDICADORES.

**S**ANTO DOMINGO instituyó la segunda orden que comenzó por este tiempo. Era Domingo de una familia ilustre de España. Desde su juventud se sintió animado de un gran deseo de trabajar por la salud de las almas, y en particular por la conversion de los que estaban sumergidos en las tinieblas del error. Encontró bien pronto la ocasion de ejercer su celo: era canónigo regular de la Iglesia de Osna, cuando Inocencio III encargó á Diego, obispo de aquella diócesis, el cuidado de instruir y volver á la fé católica á los albigenses, cuyos errores inficionaban entonces la ciudad de Albi y sus inmediaciones. Domingo acompañó á su obispo en esta mision apostólica, y se empleó con mucho ardor en la conversion de estos hereges. Daban el nombre de albigenses á diferentes sectarios, que divididos por otra parte en opiniones, convenian entre sí en despreciar la autoridad de la Iglesia; en rechazar el uso de los sacramentos, y en abolir, en fin, toda la antigua disciplina. Estos fanáticos llevaban la ruina y desolacion por todo el pais: se reunian algunas veces en número de ocho mil hombres: saqueaban las ciudades y las villas; asesinaban los sacerdotes; profanaban las Iglesias, y rompian los vasos sagrados. Los misioneros conocian el peligro y la dificultad de la empresa; pero no ti-

tubearon en abrazarla. Estaban dispuestos á sacrificar su vida por tan bella causa: Dios los libró de muchos peligros. Se habian apostado dos asesinos en un punto por donde Domingo debia pasar; pero escapó de sus manos: preguntándole despues qué hubiera hecho si hubiera caido en manos de estos homicidas, "hubiera, dijo, dado gracias á Dios, y pedido que hiciese correr mi sangre gota á gota, y que mis miembros hubiesen sido cortados uno despues de otro, para prolongar así mis tormentos, y enriquecer mi corona." Esta respuesta produjo una viva impresion sobre sus enemigos. Los santos misioneros tuvieron muchas conferencias con los hereges, y todas se terminaron siempre en favor de la verdad. No habia dia en que no se hiciesen ruidosas conversiones; pero con ellas se irritaban mas los espíritus; y como estos sectarios estaban sostenidos por Raymundo, conde de Tolosa, se cometian libremente las mayores crueldades. Para reprimirlos, fué necesario recurrir á remedios violentos, y se publicó contra ellos una cruzada, menos por sus errores en la fé, que porque trastornaban las leyes de la sociedad, y turbaban la tranquilidad pública. Encargaron á Simon, conde de Monforte, el mando de este ejército que se habia levantado contra los albigenses. Este caballero los perseguia vivamente; y si en la série de sus expediciones se encuentran algunos rasgos de una severidad escesiva, es necesario considerar que la ejercia con unos monstruos, que él creía no poder de otra manera espelerlos de las provincias que asolaban. Por otra parte, Santo Domingo no tuvo parte alguna en esta expedicion militar: la dulzura y la paciencia fueron las solas

armas que él empleó. Cuando vió que se aproximaba el ejército de los cruzados, nada olvidó de cuanto pudiese alejar el peligro que amenazaba á este pueblo obstinado. Encontrándose despues entre los cruzados, notó que muchos no se unian á ellos sino para robar, y que se entregaban á toda clase de escesos: emprendió reformarlos; y trabajó con tanto celo, como el que habia manifestado para convertir á los albigenses.

(AÑO 1216 DE JESUCRISTO.)

SANTO DOMINGO OBTIENE LA CONFIRMACION DE SU ORDEN.

LA cruzada emprendida contra los albigenses, no era sin duda, ni el solo ni el mejor medio de restablecer y mantener la fé en el Languedoc. Dios quiso hacer muchos mayores bienes por la persuacion, que por el terror. Inspiró á Santo Domingo el designio de formar una sociedad de hombres apostólicos, que sacrificándose á sí mismos en los ejercicios de la vida religiosa, pudiesen trabajar eficazmente con sus predicaciones, para difundir la luz de la fé, y obrar la santificacion del prójimo. Con esta mira se asoció á algunos compañeros, que consintieron vivir en comunidad, segun el plan que él les trazó. Foulqués, obispo de Tolosa, aprobó mucho este proyecto, y con todo su poder favoreció su ejecucion. Llevó consigo á Domingo para Roma, con el fin de que obtuviese la aprobacion del soberano pontífice. Despues de algunas dificultades,

que fácilmente se allanaron, el papa aprobó el nuevo instituto, y confirmó sus constituciones por su autoridad. El obispo Foulqués dió á Santo Domingo y á sus discípulos, su primera Iglesia, fundada en honor de San Román, en la ciudad de Tolosa; y hubo entre los vecinos de esta ciudad una piadosa emulacion para contribuir á su establecimiento. Este fervor se estendió brevemente en toda la provincia, y se empeñaron en fundar casas de este orden en Mompeller, en Bayona, en Leon y en otras muchas ciudades. La reputacion de que gozaban los nuevos religiosos, conocidos bajo el nombre de Frailes predicadores, atrajo á su orden hombres de mas distinguido mérito. Entonces el santo patriarca envió muchos de sus discípulos á diferentes paises, para predicar la penitencia, y defender la pureza de la fé contra los hereges. Fueron siete de ellos á Paris, á quienes la universidad y un piadoso doctor llamado Juan, dean de San Quintín, cedieron la casa de San Jacobo, de donde tomaron el nombre de Jacobinos. Esta pequeña comunidad se aumentó de modo, que Santo Domingo encontró en ella treinta religiosos cuando vino en 1219. El santo fundador veía con gran consuelo que prosperaba la obra de Dios, y no cesaba de rogar por la conversion de los hereges y pecadores. Nada sería para él tan agradable, como ir á anunciar el Evangelio á las naciones bárbaras, y derramar su sangre por Jesucristo, si la voluntad de Dios no lo hubiese detenido en medio de sus hermanos. Por hallarse animado de estos sentimientos, quiso que el ministerio de la palabra fuese el fin principal de su instituto. Deseaba que todos sus religiosos se aplica-

sen á este objeto: quanto mas importante es este ejercicio, tanto mas cuidado tomaba por preparar á él á sus discípulos, con la práctica de todas las virtudes: les enseñaba el arte de hablar al corazon, inspirándoles una ardiente caridad para con el prójimo. Un dia que venia de predicar, le preguntaron en qué libro habia estudiado el sermon: "el libro de que yo me he servido, respondió, es el de la caridad." Predijo la hora de su muerte mucho tiempo antes que llegase. Ácia fines de Julio, dijo á algunos amigos: vosotros me veis bueno y sano, sin embargo, yo saldré de este mundo antes de la fiesta de la Asuncion. En efecto, fué atacado de una fiebre violenta; y despues de haber ecshortado á sus religiosos á que edificasen al prójimo, y honrasen su estado con sus virtudes, espiró tranquilamente, tendido en la ceniza. Si se aprecian con sinceridad los importantes servicios que han hecho las órdenes religiosas, todo lo que ellas han practicado por la instruccion y conversion de los pueblos, y por alivio de sus pastores en el ejercicio del santo ministerio, no se podrá dejar de convenir en que estos establecimientos nos han dado una multitud de hombres, igualmente preciosos á la Iglesia y al estado.

(AÑO 1213 DE JESUCRISTO.)

NACIMIENTO Y EDUCACION DE SAN LUIS, REY DE FRANCIA.

**P**OR el nacimiento de un gran príncipe que santificó el trono con sus virtudes, y lo honró con sus

raras cualidades, Dios puso el colmo á los distinguidos favores que se dignó conceder á este siglo fecundo en hombres santos. Luis IX tenia apenas doce años, cuando murió su padre, y fué educado bajo la tutela de su madre Doña Blanca de Castilla, que gobernó el reino de Francia en calidad de regente. Esta virtuosa princesa inspiró desde niño á su augusto hijo, el amor de la virtud y el gusto de la piedad: le repetia con frecuencia estas bellas palabras, tan dignas de una madre cristiana: "Hijo mio, por grande que sea mi ternura ácia tí, yo querría mejor verte privado del trono y de la vida, que manchado con un solo pecado mortal." El jóven Luis escuchaba con placer las instrucciones de su madre, y jamás las olvidó. Blanca, no pudiendo bastar por sí sola á la educacion del jóven rey, le puso cerca de su persona hombres de una acreditada sabiduría, que formasen en él las cualidades de un héroe, y las virtudes de un gran santo. Ellos le enseñaron que todo es grande en el cristianismo, é infinitamente superior á lo que hay de mas estimado en el mundo. El feliz natural del príncipe era muy propio para secundar los deseos de sus maestros, y sus progresos escedian á sus lecciones: manifestó toda su vida el singular aprecio que hacia de la gracia del bautismo, por la singular predileccion que tenia al lugar en donde lo recibió: se firmaba algunas veces Luis de *Poisi*, dando á entender que preferia el título de cristiano al de rey de Francia. Fué consagrado en Reims, el primer domingo de adviento, de 1226, y este acto no fué para el jóven príncipe una simple ceremonia; lo consideró como una solemne obligacion de

que se encargaba para trabajar por la felicidad de su pueblo. Se preparó á él con ejercicios de piedad, pidiendo al Señor difundiese en su alma la uncion santa de la gracia: pareció estar penetrado de las palabras del salmo, que entonces se cantó al principio del oficio, y se las aplicó á sí mismo: *Acia vos, Señor, elevo mi alma: Dios mio, yo he puesto mi confianza en vos.* Así se cultivó el espíritu de este jóven príncipe: se le enseñó el arte de gobernar á los hombres, y el de hacer la guerra: se le enseñó la historia, que siempre se ha considerado como la escuela de los príncipes: en fin, no se despreció conocimiento alguno, propio para formar un gran rey. Se habia instruido muy bien en la lengua latina, para entender los escritos de los santos padres, que acostumbraba leer para santificar sus otros estudios. Cuando el jóven monarca comenzó á gobernar por sí mismo, le veían aplicado á todos los deberes, y fiel en cumplirlos: obraba con munificencia cuando era necesario, aunque amaba la economía, y preferia la sencillez en todas sus cosas: su trage, su mesa y su corte, todo manifestaba en él un príncipe enemigo del fausto. Despues de haber dedicado la mayor parte de su tiempo á los asuntos del estado, tenia gusto en conversar con las personas piadosas: cada dia consagraba algunas horas á los ejercicios de la religion; y cuando aquellos que tenian menos piedad que él le motejaban este proceder, respondia con dulzura: Son estraños los hombres: me acriminan la aplicacion que tengo á la oracion, y no hablarian ni una palabra si emplease el tiempo que consagro á ella, en el juego ó en la caza.

(AÑO 1239 DE JESUCRISTO.)

S. LUIS HACE QUE SE TRASLADA A FRANCIA LA CORONA DE ESPINAS.

**N**O hacia mucho tiempo que San Luis había tomado en sus manos las riendas del gobierno, cuando tuvo ocasión de manifestar la piedad y respeto que tenía á la religion. Baudino, tercer emperador de Constantinopla, había venido á Francia á solicitar socorros para sostener su vacilante trono: este trono se hallaba á la verdad, mal seguro, despues que fué conquistado, y los griegos lo combatian entonces con una fuerza poderosa. Baudino, á quien el santo rey había hecho grandes beneficios, le manifestó su reconocimiento, ofreciéndole la corona de espinas de Ntro. Señor, que se conservaba desde tiempo inmemorial, en la capilla del palacio de los emperadores de Oriente. El religioso príncipe aceptó esta oferta con un indecible gozo, é inmediatamente despachó á Constantinopla los diputados, á quienes el emperador dió las cartas que contenian la órden de entregárseles esta preciosa reliquia. Cuando llegaron los diputados á esta ciudad, encontraron que había sido necesario empeñar la santa corona á los venecianos, en cuyo poder se hallaba, los cuales habían prestado una suma considerable: así, era necesario ecshibir esta suma, para rescatar la santa reliquia. Luis, informado de este convenio, la redimió á sus espensas. Fué entonces llevada á Francia, sellada con los sellos del imperio

y los de la república de Venecia. Cuando el rey supo que ya llegaba por la parte del Sena, fué á encontrarla hasta Villanueva, acompañado de su corte y de un numeroso clero. A la vista de la santa corona, derramó tantas lágrimas, que hizo enternecer á aquel numeroso concurso: en seguida, el príncipe y su hermano Roberto, cargaron sobre sus hombros la caja que la contenia, y la llevaron desde la entrada del Sena, marchando descalzos en medio de un innumerable concurso del pueblo, hasta la Iglesia de San Estevan, de aquella ciudad. El piadoso rey la recibió con los mismos sentimientos y la misma pompa en París, y la hizo colocar en su palacio. Algunos años despues recibió tambien de Constantinopla, otras muchas reliquias; un pedazo considerable de la verdadera cruz, el fierro de la lanza que traspasó el costado de Ntro. Señor, la esponja que le presentaron empapada con hiel y vinagre; é hizo que se encerrasen en cajas de plata, guarnecidas de preciosas piedras; y para colocarlas con el honor debido, mandó construir una capilla célebre, sobre el mismo lugar en donde estaba el antiguo oratorio, y fundó canongías para que se celebrase allí el oficio divino. La dedicacion de la santa capilla se hizo con mucha solemnidad, y este fué el lugar ordinario en donde el santo rey se ocupaba en los ejercicios de piedad, pasando en él algunas veces las noches en oracion; pero el tiempo que dedicaba á ella, nunca era en perjuicio de su pueblo: estaba persuadido á que la piedad que impide el cumplimiento de los deberes, es una falsa piedad. La atencion con que dirigia todos los ramos del gobierno, manifesta en los monumentos que nos han quedado

de su reinado, que los deberes de un rey eran su principal ocupación: la Francia le debe los mas bellos establecimientos, y las mas sábias leyes.

(AÑO 1248 DE JESUCRISTO.)

### PRIMERA CRUZADA DE SAN LUIS.

**U**NA peligrosa enfermedad que padeció San Luis, fué el motivo de la primera cruzada que emprendió para recobrar la tierra santa. Fué atacado de una disenteria tan violenta, que muy pronto le puso en peligro de muerte: algunas veces se creyó que habia espirado. La Francia, consternada, dirigia á Dios fervientes oraciones, pidiéndole les conservase á su padre y su rey: pusieron sobre el agonizante príncipe el pedazo de la verdadera cruz y las otras reliquias que habia recibido en Constantinopla, y volvió de su letargo. La primera palabra que pronunció, fué para llamar al obispo de París, y pedirle la cruz, porque queria ir al socorro de la tierra santa. El prelado le espuso muchas dificultades; pero el rey insistió de una manera tan persuasiva, que ya no tuvo medio de rehusárselo. Al recibir la cruz, la besó afectuosamente, y declaró que estaba enteramente sano: en efecto, muy poco despues volvió á presentarse en medio de su pueblo, y se enterneció al ver el espectáculo de la pública alegría. Se dispuso á cumplir su voto con el ejercicio de toda clase de buenas obras: el mayor núme-

ro de los príncipes tomaron la cruz, y á su ejemplo hicieron lo mismo la nobleza y el pueblo. El rey se embarcó con el designio de llevar la guerra al Egipto, y atacar en su propio pais al sultán que tenia la tierra santa bajo su dominio. Llegaron con felicidad á la isla de Chipre, en donde el rey habia hecho preparar los almacenes: desde allí envió á declarar la guerra al sultán de Egipto, en caso que rehusase devolver á los cristianos las plazas que les habian quitado. El fiero musulmán negó lo que el rey pedia, y se preparó á sostener la guerra. La flota de los cruzados partió, pues, de la isla de Chipre, y llegó á la vista de Damietta, una de las mas fuertes plazas del Egipto. El enemigo guardaba la costa, para oponerse al desembarco: entonces el rey subió á la cubierta de la nave, y todos los señores se reunieron á su alrededor. "Mis amigos, les dijo, este viage ha sido emprendido por una singular providencia: no podemos nosotros dudar que Dios tenga algun gran designio: seremos invencibles si nos reunimos; pero cualquiera que sea el éxito, él nos será ventajoso: si morimos, obtenemos la inmortal corona del martirio; y si es nuestra la victoria, Dios será glorificado: combatamos nosotros por él, y él triunfará por nosotros: no tengais consideracion á mi persona: yo no soy mas que un hombre, cuya vida esta en las manos de Dios." Estas palabras, y la intrepidez del rey, inspiraron á los cruzados un nuevo ardor, y avanzaron con valor sobre la ribera. El legado que estaba en el mismo bajel del rey, llevaba una cruz levantada, para animar á los soldados con la vista de este signo sagrado: presidia una chalupa, en la que se habia colo-